

§ V. PONTIFICADO DE BENEDICTO VIII (20 de julio de 1012-10 de julio de 1024).

23. El corto pontificado de Sergio IV se había ya terminado en el 13 de julio de 1012; y la muerte de este papa fué señal de nuevos disturbios en la Iglesia romana.

24. El conde de Túsculo, por abuso de poder, desde la muerte de Silvestre II se mantenía en posesión de dar su voto decisivo y hacerlo prevalecer en las elecciones de soberanos pontífices. Observábanse empero las formalidades canónicas; pero esta influencia extraña había hallado modo de introducirse á despecho de los cánones. A la muerte de Sergio IV, el conde de Túsculo hizo elegir á su propio hijo bajo el nombre de Benedicto VIII en 20 de julio de 1012. Una facción opuesta coronó por su lado á un antipapa llamado Gregorio, quien reunió hartos partidarios para que el papa legítimo se viese obligado á salirse de Roma, donde peligraba su persona. Se refugió á Polden en Sajonia, donde san Enrique II celebraba las Pascuas de Navidad. El soberano pontífice se presentó ante el rey de Germania con aparato imponente, y le hizo relación de los ultrajes á que había estado expuesto de parte de los rebeldes: san Enrique prometió amparo al representante de Cristo, y hubiera partido inmediatamente para Roma si no hubiera tenido que detenerse para apaciguar completamente un terrible levantamiento de los Esclavones, que acababan de sacudir á la vez el yugo del imperio y el de la Iglesia, y que cubrían de sangre y de ruinas la Sajonia. Tratados con intempestivo rigor por el duque sajón Bernardo y por el marqués Teodorico, sus señores, estos pueblos sedientos de venganza volvieron á sus primitivos instintos salvajes. Transportados de furor llevaban á sangre y fuego todos los países al norte del Elba, incendiando las iglesias y pasando el arado por sus descombro: hacían perecer los sacerdotes y monjes con horrosos suplicios, no dejando al otro lado del río ningún vestigio del cristianismo. La población de Hamburgo fué ó pasada al filo de la espada ó llevada cautiva en su totalidad. En

Altenburgo, ciudad muy poblada y cristiana, los Esclavones reunieron todos los cristianos como para una inmensa carnicería y los degollaron en masa, á excepcion de sesenta eclesiásticos que reservaron para servir de escarnio feroz y salvaje. Les cortaron en forma de cruz el cutis de la cabeza, les abrieron el cráneo, por manera que se les veían los sesos; y luego, atadas las manos en las espaldas, los pasearon por sus cantones, no cesando de golpearlos hasta que iban espirando. Habiendo acontecido en tan aciagas circunstancias la muerte de san Libencio, arzobispo de Hamburgo, se complicó el estado de cosas, por quedar privadas las iglesias de un prelado cuya moderación y sabiduría eran tan necesarias en tan deplorable situación. Benedicto VIII en concierto con san Enrique II colocaron en esta silla metropolitana un pastor capaz de recoger esta herencia tan mal parada: y fué Unvano, capellan de san Libencio. Su afabilidad y beneficencia le ganaron los corazones de todos. Enrique II tomó en seguida medidas eficaces para el restablecimiento de la paz. Sus armas victoriosas contuvieron por fin á los Esclavones, y cesaron sus atrocidades y rebelión. Tranquilo por este lado, tomó en compañía del papa el camino de Italia.

25. Su arribo á Italia bastó para hacer entrar en su deber á los facciosos. Benedicto VIII volvió á su capital, donde los verdaderos fieles, libres del yugo del antipapa, le acogieron con transportes de júbilo. San Enrique vino en persona á Roma, donde hizo su entrada triunfal el 14 de febrero de 1014. El soberano pontífice meditaba cómo restablecer en favor del santo rey la dignidad imperial, vacante despues de la muerte de Oton III (1). Enrique II se personó en la iglesia de San

(1) Bisio sostiene que á petición de Oton III, que se veía en la imposibilidad de tener sucesor de su sangre, Gregorio V en 996 arregló en un concilio, cuyas actas desaparecieron mas tarde, el modo de elegir emperador. Lo cierto es que el título de emperador, transmitido sucesivamente de Oton I á sus hijo y nieto, no ha sido otorgado sino á un príncipe elegido y consagrado por el papa. San Enrique II fué elegido rey de Germania en 1002, inmediatamente despues de Oton III; mas no tuvo ni título ni insignias de emperador sino en 1014, despues de ser consagrado por el papa. Lo mismo veremos en Conrado, su sucesor: y de aquí viene el origen del título de *santo Imperio* ó *sacro Imperio* dado al imperio de Alemania. Las



Pedro. Marchaba con la real corona en la cabeza, acompañado de su esposa santa Cunegundis y de doce senadores. El papa le esperaba en las gradas de la basílica. Antes de introducirlo en esta le preguntó si quería ser protector de la Santa Sede y mostrarse fiel en todo á los vicarios de Jesucristo. Enrique lo juró : puso su real diadema en el altar de los santos Apóstoles. Benedicto VIII le consagró y coronó emperador. Le entregó luego un globo de oro con una cruz del mismo metal, y adornado con doble cordon de pedrerías. Era un emblema que representaba la concordia del imperio con la religion. El emperador, penetrado de esta significacion, dijo : « Quereis » enseñarme con este símbolo, Santísimo Padre, cómo debo » yo usar de la nueva autoridad que se me confiere. Pero esta » cruz puesta sobre el globo del mundo no cuadra perfecta- » mente sino á los que han hollado las pompas del mundo por » llevar la cruz de Cristo. » El monje Glaber, que nos transmite estos detalles, añade, acabando su relato : « Parece justí- » simo y muy en razon, á fin de mantener la paz, que ningun » príncipe tome título de emperador sino aquel á quien el papa » hubiere escogido por sus méritos, y á quien haya otorgado la » marca de esta dignidad. » El nuevo emperador confirmó á la Iglesia romana todos los derechos concedidos por Carlomagno y los Otones. Al mismo tiempo declaró que la eleccion del papa fuese hecha libremente por el clero y pueblo romano, con tal que, segun los decretos de Eugenio IV y de Leon IV, tenga lugar la consagracion ante los diputados imperiales. Se le quitó despues al pueblo el derecho de intervenir en la eleccion para reservársela á solo el clero. Estas estipulaciones en favor de la libertad de las elecciones pontificales, no tenían desgraciadamente fuerza ni eficacia sino en tanto que los emperadores se hallasen presentes para hacerlas respetar : porque desgraciadamente en aquellos siglos desastrosos, una turba de tiranos subalternos se disputaban el poder en Roma, y, por fuerza, pretendían hacer prevalecer su voluntad.

excepciones que se presentarán nada probarán contra la regla. (Nota del abate Pelier de la Croix, edicion de Berault-Bercastel, tomo V, p. 191.)

26. Se agitó entonces entre el papa y san Enrique II una cuestion litúrgica. Se ha dicho ya con motivo de la discusion de la particula *Filioque*, que aun no se habia introducido en la Iglesia romana el uso de cantar el Símbolo en la misa. El emperador estaba tan acostumbrado á este canto, que desde las iglesias de España y las Galias habia pasado á las de Alemania. Preguntó al papa porqué no adoptaba Roma esta práctica, y Benedicto VIII le respondió, « que no habiendo caido » la Iglesia romana en ninguna herejía, no tenia necesidad de » declarar su fe con esta solemne profesion. » Sin embargo, el soberano pontífice, despues de haber examinado maduramente la cuestion y para cimentar con un monumento durable la paz con la Iglesia griega, ordenó que en lo venidero se habia de cantar en Roma el Símbolo constantinopolitano. El cardenal Lambertini nota que hay cuatro símbolos en uso en la Iglesia romana : 1°. el de los *Apóstoles*; 2°. el de Nicea, redactado en 325; 3°. el de Constantinopla en 381; 4°. y en fin, el símbolo *Quicumque*, conocido bajo el nombre de san Atanasio y que se reza en la Prima. Baronio sostiene la autenticidad de este Símbolo, negada por Natal Alejandro, Tillemont, Muratori, Papebroquio y Mabillon, los cuales dicen con algun fundamento que si san Atanasio hubiera sido su autor, no hubiera omitido en él el término de *consustancial*, este testimonio victorioso de la fe católica y que tanto aterra el error arriano. No se conoció este Símbolo antes del siglo vi : y el primero que lo atribuyó á san Atanasio fué Teodulfo de Orleans.

27. Acabado el coronamiento, el emperador regresó á Alemania por camino de Francia, donde queria visitar á san Odilon, abad de Cluny. San Enrique regaló á este monasterio el globo de oro que acababa de recibir del papa, sus vestiduras imperiales, su corona, cetro y un crucifijo de oro macizo. Añadió á estos presentes tierras considerables en Alemania, y pidió como favor señalado estar asociado á esta comunidad. El emperador iba acompañado en su viaje de san Menverco, cuya virtud habia penetrado entre la turba de señores de su corte y á quien habia hecho obispo de Paderborn. Menverco, último pa-



riente del emperador y poseedor de bienes proporcionados á su alto nacimiento, empleó su favor y riquezas en dotar á su diócesis de establecimientos piadosos y útiles. Reedificó la catedral arruinada por los Bárbaros y fundó en Paderborn una escuela donde, á mas de las artes liberales propiamente dichas, la poesía, la historia y el arte de escribir, tan precioso entonces para la reproduccion de los manuscritos, se enseñaba además la pintura. Esta escuela vino á ser con el tiempo una de las mas florecientes. Menverco añadió á estas instituciones, como indispensable corolario, la de un monasterio del orden de Cluny, y san Odilon le dió monjes para fundarlo en su diócesis.

28. San Enrique II fomentaba los esfuerzos de san Menverco para establecer la disciplina monástica. Este príncipe tenia frecuentes relaciones con el bienaventurado Ricardo, abad de San Vanes en Verdun, uno de los mas sabios religiosos de la época. Se apoderó del corazon del soberano el amor de la soledad: y visitando un dia el claustro de San Vanes, exclamó: » Este es el lugar de mi descanso; esta la morada que me he escogido. » E inmediatamente le pidió que se le recibiese entre los monjes de su abadía. Ricardo conoció que la vocacion de Enrique II no era la de un pobre y modesto religioso, y halló este expediente para satisfacer la piedad del príncipe sin dañar al Estado. Juntó la comunidad y suplicó al emperador se explicase ante todos los monjes. Enrique protestó que tenia resuelto dejar las vanidades del siglo y consagrarse al servicio de Dios en el monasterio donde se hallaba. « ¿Queréis, dijo el abad, practicar la obediencia hasta morir, segun la regla y ejemplo de Jesucristo? — Sí quiero, respondió Enrique. — Y yo, dijo el abad, desde este momento os recibibo en el número de mis religiosos: yo acepto la responsabilidad de la salvacion de vuestra alma, si de vuestro lado prometeis seguir, segun las miras de Dios, todo cuanto os mandare. — Juro obedecer puntualmente todo cuanto me mande Vuestra Paternidad. — Yo quiero pues, repuso Ricardo, y os ordeno en virtud de santa obediencia que volvais

» á tomar el gobierno del imperio, que la Providencia divina os ha encomendado. Yo quiero que procureis, en cuanto esté de vuestra parte, la salvacion de vuestros vasallos, con vuestra vigilancia y firmeza en haer justicia. » Al oir estas palabras, el emperador, sobrecogido sin duda, sintió no verse descargado del yugo pesado que llevaba en sus hombros: se sometió empero, y continuó haciendo brillar en el trono las virtudes que hubiera querido sepultar en la soledad. Creemos ofrezca la antigüedad pocas escenas de mas imponente majestad y mas augusta sencillez.

29. Muy pronto conoció la Italia la necesidad que tenia el imperio de un jefe tal como san Enrique. Los Sarracenos, aprovechándose de la ausencia del príncipe, se arrojaron por mar sobre la Toscana, y en 1016 se apoderaron de muchos territorios. El papa Benedicto VIII mostró en esta ocasion gran valor, y en efecto la situacion necesitaba de un jefe hábil y arrojado. Tal lo fué el papa, y la cristiandad le debió su salvacion. Desplegó inaudita actividad; reunió sin demora cuantos soldados podia suministrar la Italia y se puso á su frente. Al mismo tiempo envió por mar muchedumbre de bajeles para cortar la retirada á los Sarracenos. El emir, habiendo adivinado este proyecto, temió caer en manos del ejército pontifical y huyó con una pequeña escolta, dejando á sus soldados sin direccion ni mando. Fué por consiguiente completa la derrota, y casi todos perecieron víctimas de la cobardía del emir. Despues de tan brillante victoria, Benedicto VIII regresó triunfante á Roma; pero no tardó en llamar su solicitud otro género de enemigos.

30. El imperio griego de Constantinopla poseia aun algunas ciudades en la baja Italia, las cuales administraba por medio de un gobernador. Este último levantó pretensiones sobre los dominios de la Santa Sede: asoló los principados de la Pulla, y afectaba la intencion de reconquistar la influencia bizantina en toda la Península. El papa envió contra él al príncipe de Normandía, Roaldo, que atacó bravamente á los Griegos, los venció y obligó á salir de la Pulla. Este primer paso de los



Normandos en el suelo de Italia va á tener graves consecuencias, como se verá en su lugar. Sin embargo, la victoria de Roaldo no pareció al papa suficiente garantía contra las posibles invasiones posteriores de los Griegos; y tomó la resolución de personarse con el santo emperador, exponiéndole el estado de las cosas. La entrevista fué el 14 de abril de 1020, en la ciudad de Bamberg, cuya catedral consagró Benedicto VIII con esta ocasion. En memoria de este acontecimiento, Enrique II hizo donación de la ciudad y obispado á la Santa Sede, con carga anual de dar un caballo blanco y cien marcos de plata (1). Se ventilaron entonces las mas elevadas cuestiones políticas y religiosas. Los abusos que se habian introducido en el clero, el olvido de las reglas canónicas sobre el celibato de los clérigos, y los desórdenes consiguientes fueron objeto de medidas eficaces de parte de ambos soberanos. El concilio de Pavía, celebrado en agosto de 1020, confirmó las disposiciones tomadas de comun acuerdo por ambas potestades espiritual y secular. Se renovaron los cánones del concilio Niceno, las decretales de san Siricio y san Leon sobre la continencia de los clérigos, y se decretaron penas temporales contra los transgresores.

31. Por fin, el año 1022, á consecuencia de las promesas hechas al papa, san Enrique avanzó con un ejército considerable contra los Griegos, que amenazaban la independencia de Roma y de toda la Italia. Benevento y todas las plazas que estaban por el imperio bizantino fueron sometidas prontamente; Pandolfo, príncipe de Capua, uno de los jefes del partido ultramarino, se rindió á condicion de tener salva la vida. Troya, en la Pulla, fué la sola que se negó á abrir sus puertas, esperando pronto socorro prometido por el emperador Basilio; mas transcurridos tres meses, los habitantes, reducidos á sus solas fuerzas, se decidieron á implorar la clemencia de san Enrique. Le enviaron, como mas tierna diputacion, todos los niños de la ciudad, que se arrodillaron á los piés del empera-

(1) De aquí viene sin duda el tributo anual de la *hacanea*.

dor de Alemania, exclamando en griego: « Señor, tened piedad » de nosotros (*Kyrie eleison*). » La razon política preponderaba desde luego en el corazon del soberano, que respondió: « Los » padres de estas pobres criaturas son los que tienen la culpa » por su obstinacion. » Pero al oír las sentimentales expresiones de los inocentes niños, se enterneció Enrique y exclamó el rostro bañado en lágrimas: « Sí; decid á vuestros padres » que me apiadaré de ese pueblo. » La ciudad rebelde se admitió á compostura, y se restableció la tranquilidad en toda la Península itálica. Se volvieron á ver el emperador y el papa en la abadía del Monte Casino, y de comun acuerdo acabaron de concertarse sobre el estado político del Occidente. Se separaron para no verse mas.

32. Al regreso á sus Estados, el santo emperador mandó celebrar un concilio en Selingstadt, cuyos cánones son interesantes y notables por presentar las costumbres y disciplina del siglo xi. Se prohíbe á los sacerdotes que *celebren mas de tres misas al día*; porque la devocion les movia á multiplicar la oblation del santo sacrificio cuantas veces podian. Mas tarde se fijó la actual disciplina. *El sacerdote que hubiere comido ó bebido por la noche despues del canto del gallo, en estío, no celebrará misa en el día siguiente; y si es en invierno, no podrá decirlo sino en caso de necesidad.* Como aun no habia relojes, se suponía que el canto del gallo indicaba la media noche. *Se prohíbe llevar espada en la iglesia.* Prohibicion necesaria en tiempos de tanto desafío y desacato. *Prohibicion de echar el corporal al fuego para apagar un incendio.* Precaucion contra una credulidad exagerada. Y en fin, que *la peregrinacion á Roma no dispense en ningun caso á los pecadores públicos de cumplir la penitencia canónica que se les hubiere impuesto.* La Iglesia no admite que so pretexto de devocion personal se eximan los fieles de sus deberes canónicos.

33. En el mismo año que el concilio Salegunstandiense se celebró otro en Orleans para sofocar en su origen una secta abominable, que se iba formando en el centro de la Francia. Habia en Orleans dos sacerdotes, Estéban y Lisoyo, muy afa-



mados por su doctrina y santidad, muy apreciados por Roberto Pio. Se dejaron seducir por una aventurera italiana, que á las apariencias de piedad unia las prácticas de los Maniqueos y antiguos Gnósticos. La corrupcion del corazon se comunica rápidamente al espíritu. Este contagio infectó muy en breve á los principales clérigos de Orleans. La doctrina de los nuevos sectarios era digna de su moral. Enseñaban á sus iniciados que el cielo y la tierra, eternos por naturaleza, no tenían principio ni fin; que el Evangelio era una fábula piadosa destinada á seducir á los pueblos; que era inútil rezar á los santos; que era trabajo inútil las obras de fe y devocion, de que no había que esperar recompensa; como ni tampoco castigo por los desórdenes de la concupiscencia y lujuria. Sus asambleas nocturnas renovaban las monstruosas bacanales de los Gnósticos: por lo cual esta secta era una efusion del espíritu de pecado y tinieblas en el mundo. Al saber esto, el rey Roberto fué á Orleans, acompañado de gran número de obispos. Fueron presos todos los sectarios y se les hizo procesó. Las leyes civiles castigaban con pena de fuego estas reacciones. Fueron quemados vivos Estéban y Lisoyo, con otros quince mas, por no haberse arrepentido, sino al contrario tenido el descaro de defender tenazmente su secta. Este rigor contuvo el contagio, y así preservó Roberto Pio á sus Estados de esta secta. Tambien penetró en Aquitania; pero Guillermo V, duque de esta provincia, castigó los sectarios con no menos severidad. Los herejes tuvieron que esparcirse por países extraños, y tomaron otras maneras mas hipócritas para poder vivir seguros; y tal fué el primer gérmen de los Albigenses en el mediodía de la Francia.

34. En este tiempo fundó san Romualdo, de los duques de Ravena, un monasterio en un valle titulado Campo Malduli, obispado de Arezzo, de donde vino el orden de los Camaldulenses, cuya regla es la de san Benito, con algunas observancias particulares. Las órdenes de san Benito y Camaldulense nos han dado en nuestra época dos grandes papas: Pio VII y Gregorio XVI.

35. El emperador san Enrique II y el papa Benedicto VIII

murieron en el mismo año 1024. La emperatriz santa Cunegundis, que de acuerdo con su esposo había guardado la virginidad en el matrimonio, se retiró al monasterio de Kaffungen, que había fundado cerca de Cassel, en la diócesis de Paderborn. Vivió aun nueve años como simple monja, como la última de sus hermanas, temiendo la ostentacion hasta en el ejercicio de la humildad, trabajando con sus manos cual si se viera reducida á ello. Murió, consumida de vigiliass y austeridades, el año 1038; inaugurándose de este modo el siglo xi con un pontificado glorioso para la Iglesia y con el espectáculo edificativo de las virtudes que reinaban en el trono.